



# EL HEREDERO

POR  
J. DE LUCAS ACEVEDO

DIBUJO DE ESPLANDIÚ

Rara vez abandonaba doña Basilia la butaca en que yacía perenne junto al balcón, si no era para acechar, con morbosos anhelos tiranos, al ama Virtudes y achacarle alguna falta en el copioso tráfago de sus cotidianas obligaciones.

La solitaria dama era el último vástago de la nobiliaria familia de los Guzmanes de Olarte, de amplio predominio histórico en la rancia nobleza feudal de la comarca. Había nacido sesenta años antes en el mismo vetusto palacio en que vivía. Su madre, dulce y frágil, como un lirio tronchado por el cierzo, murió al nacer ella. Así creció sin otro afecto que el del padre, hosco y severo, invadido de tristezas y achaques, cuyas caricias tenían la helada austeridad de aquel ambiente conventual.

Tratóse que su educación alcanzara altura y solidez; pero ni el sacerdote que la enseñara Gramática y Francés, ni el organista de San Joaquín, que la aleccionara en solfeo y piano, lograron otra cosa que pasar el tiempo y cobrar por su aburrimiento pingües mesadas.

No podía faltar en su día a la rica heredera el petimetre doctorado en Derecho, hijo del íntimo hacendado noble de la casa. Y llegó el desposorio para la melancólica niña, al cumplir sus veinte años, como la sucesión fortuita de las cosas, pero sin una emoción, sin una alegría, sin un sueño dorado, sin nada, en fin, que conmoviera su alma y trocara el rumbo monótono de su vida.

No muy tarde marido y padre dejáronla viuda y huérfana. Y así, deslizóse el tiempo, haciéndola vieja, enfureciendo su carácter, tornándole hosco y egoísta el corazón.

De este modo, sin deudos familiares ni amigos vivía sola, sumida en el frío torvo de su antiguo palacio siempre cerrado, como residencia monástica. Las maderas de su hilera de balcones que cubrían la fachada principal aparecían carcomidas y desvencijadas; y por los intersticios de sus muros verdegueaban vetas de musgo. La gravedad eclesiástica del edificio con aspecto ruinoso no era violada siquiera por el regocijo retozante de la chiquillería, que huía de allí con intuitiva repulsión hacia las vegas ubérrimas y el río espejeante.

Pero si al exterior la estampa del caserón era desolada, dentro, aun en medio del tenebroso abandono en que yacían, sabíase de la magnificencia de sus amplios salones de artesonados techos y paredes tendidas de damascos valiosos,

donde suntuosos muebles, y cuadros notables, y artísticos bronces, y tapices espléndidos, acumulaban riquísimas bellezas de museo.

Sólo era hollada tanta triste quietud por una reducida servidumbre: Pascual, el hortelano y jardinero; el ama Virtudes, y dos mozas más: Norberta y Beatriz, que se ocupaban en los diversos menesteres cotidianos.

Y achacosa y malhumorada, tétrica y terrible, carcomida y enjuta, veía doña Basilia deslizarse sus días, perennemente ociosa en su sillón, cerca de la misma ventana de la fachada posterior, oteando la entrada y salida de sus sirvientes, y desde donde el brillo siniestro de sus ojos hundidos reflaba como aguda flecha en el remoto horizonte, sin una esperanza, sin un deseo, sin un anhelo...

Cuando doña Basilia hubo abandonado su sitio, fué por la galería abierta a la solana en amplios ventanales; y, al fondo, subió los cuatro peldaños carcomidos, que la dejaron en el comedor. Lo atravesó en la obscuridad, hasta alcanzar la estrecha escalera que conducía a los camaranchones. Fatigada, sin aliento casi, hizo alto en su torpe andar, perdida la aviesa mirada en las tinieblas. Allí parada, sostenida en el bastón, cauta y silente, parecía la sombra vagarosa del mal. Después, el morbosos afán de espiar a la vieja Virtudes le dió bríos, y logró el primer escalón. Pero entonces, súbitamente, algo imprevisto la inmovilizó más. Contuvo la respiración y aguzó el oído. En efecto, percibíase unos gritos débiles, ahogados, allá en no sabía qué profundos resquicios. Su entereza desmayó al imaginar que hubieran asaltado ladrones la casa y que la servidumbre hubiese sido amordazada. Reprimió el impulso de gritar, y adoptó ocultarse allí cerca, tras una puerta, un cortinaje, un mueble...

Nuevamente sucedieron los gritos, tenues, imprecisos, remotos... Cerró los ojos para aguzar mejor su oído. Finalmente, descifró que el agudo rumor prolongado era... era el llanto de un niño.

Cuando alcanzó el descansillo último quedó extinguido el eco que la guiara. Vaciló desorientada, sin saber proseguir, como si el camino de su anhelo fuese una senda en el desierto. A derecha e izquierda, extensos desvanes sugerían la idea de caverna tenebrosa; mas ella, doña Basilia, no cesaría hasta descifrar el enigma, que no era quimera vana de

sus sentidos, sino realidad inquietante y viva. Y, con decisión valiente, allá se aventuró.

No precisó hacer heroico su esfuerzo, porque a los pocos pasos, en un recodo a la derecha, a la opaca luz de una tronera, descubrió el hallazgo. En el suelo, sobre una colchoneta improvisada con paja, en la misma pobre humildad que el nacido en un pesebre de Belén, otro niño también aparecía allí, con rostro sonrosado y ricitos negriscos, braceando compungido.

El asombro ante lo inaudito la paralizó. Y cuando, al cabo, pudo ahuyentar la impresión, la acometió instintivamente el furioso deseo de tomar en sus manos al monigote y arrojarlo por una ventana.

Pero unos pasos tras ella la contuvieron.

—¡Señora! ¡Señora!

Era la anciana Virtudes, que, intranquila por no hallarla en su sitio de siempre, anduviera toda la casa en su busca. Jadeante llegaba:

—¿Qué hace usted aquí, doña Basilia? ¿A qué ha subido?

Esta, en silencio, escrutándola a lo hondo, señaló el lugar en que el niño se hallaba.

—¡Ah!... ¿Qué es esto, Dios mío?

Y, aspaventera, llevóse las manos a la cabeza, queriendo expresar así su asombro.

—¿Tú no lo sabes?

—¿Yo, señora?

—¡Pues de las nubes no habrá caído!

—¡Vaya usted a saber!

Virtudes intentó explicar lo imposible: cosa de brujería..., algo impreciso y sobrenatural, que exacerbaba a su oyente. Y cuando cortó su discurso escuchó, horrorizada:

—Por si es algo de eso, hay que tirarlo por la ventana.

—¡Jesús!... ¡Qué espanto!...

—Haz lo que te mando. Así escarmentará quien quiso hacer burla de mí y de esta casa.

La pobre Virtudes, despavorida, aterrada, con los brazos abiertos y los ojos desorbitados, colocóse entre la mujer y el niño, como una muralla inexpugnable que hubiese de defender aquella tierna vida en peligro.

Pero no hizo falta por el momento, porque doña Basilia dijo:

—Bien. Si ahora no, mandaré esta noche echarlo al río...

Y salió, apoyada en su bastón, pasito a paso, bajando escalón tras escalón, como impulsada su sombra por el siniestro pensamiento.

Mas Virtudes, cuando la supo abajo, cerró de golpe la puerta del desván, dió las dos vueltas a la cerradura y guardóse la llave en lo hondo de la faltriquera.

Poco después, en la semiobscuridad de la cocina, junto al hogar llameante y tibio, hubo un cuchicheo prolongado y misterioso entre el ama vieja y las dos mozas jóvenes.

Conspiraban...

Pensaréis ahora, incrédulos, que es cosa de cuento. Pero, ya, ya... Pasad por el palacio, y veréis...

La puerta principal, de par en par; las fallebas de los balcones, descorridas; los salones, abiertos; el sol y el aire han conseguido, al cabo, colarse a sus anchas por aquellas paredes. Y la chiquillería pueblerina retoza y grita, confiada, en los alrededores. Hasta las golondrinas se arriesgaron este año a formar nidos en los aleros de sus tejados.

Y ello es que ha florecido la ternura en un corazón: en el corazón duro y egoísta de doña Basilia Guzmán de Olarte. El enviado del cielo, sin duda, cayó en un desván; pero luego, en vez de ir río abajo, como Moisés en el Nilo, esta mujer le acogió en su regazo, conmovida por una divina emoción.

Cuna de oro le mece; tenues sedas le envuelven; halagos le rodean, y cuidados le vigilan. ¡Es como el Príncipe de la Ilusión!

Y hay también, además del regazo de la señora, unos brazos juveniles que le toman para cantarle y dormirle a la luz de la luna.

Y cuando aquella voz canta, hay tal ansioso anhelo en el pecho, y tal dulzura celestial en el acento, que el pequeñuelo parece sentirse feliz y dichoso como nunca... Es cuando la moza Beatriz, encendida en rubor, conmovida y trémula, acude a su llanto...

Y más cuando a hurtadillas, con su secreto en el fondo del alma, pone en los labios en flor del querube sus besos apasionados, tiernos, ansiosos...



## TIERRAS DE JAÉN

Por LUIS GONZALEZ LOPEZ

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

Vamos andando, cansados, maltrechos, camino adelante. Solsticio de junio. Los caminos y veredas españoles son iguales en una y otra latitud: iguales el surco aldeanigo, la trocha franciscana, el sendero de pastores; reptan hacia las cumbres, descienden de los alcores y collados, se internan en las llanadas. Alma viajera, el caminante, el peatón, sigue su vagar del orto al véspero, con luz de alba, al encenderse la hoguera solar, tal vez cuando la noche se "enreda" en las viejas espadañas de los casales. Apenas si es turbado el silencio por el flechazo de un automóvil o por las pisadas de escuálido rocín, sobre el que cabalga, desde siglos, un labrantín de la paramera castellana. De ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. "¡Arre, burro!" Queremos meter los ojos en los campos fértiles, en las lejanías. Siempre existe algo más allá de la monotonía circundante. Atrás quedan, a uno y otro lado del suelo nativo, la vegetación norteña, el prado astur, la montaña santanderina, las rías y pazos gallegos, las huertas y naranjales valencianos, el sequeral de Castilla, las pizarras de Extremadura. No hemos podido ver aún el olivo bético ni las serranías y cortijos andaluces.

Se comprende que Ceferino Sanjurjo, "poeta descriptivo"—según reza en la famosísima, archicelibrada novela de Palacio Valdés—, no pudiera reprimir un movimiento de alborozo al descubrir "el pueblecito de Vilchez, pintorescamente colgado entre dos montañas no muy lejos de la vía"; y que algunos viajeros de calidad—Gautier, Víctor Hugo, Merimée, Mauclair—llegaran a España, tramontando los Pirineos, y sintieran esta íntima avidez espiritual que nosotros, menos andariegos, sentimos ahora, proa al sur mediterráneo en nuestra pobre nave iluminada.

Al entrar por la puerta antigua de Andalucía, la brusca sacudida del paisaje bravío, la turbonada de luz en los campos de olivas, sacuden el hartazgo del migajón castellano: viñedos y viñedos en los que picotean urracas y alcotanes; las aspas de los viejos molinos condenados a inmovilidad en las pardas eminencias. Experimentamos un goce completamente inédito, porque, en súbita aparición, surge ante la vista, tras la tristeza panorámica de Castilla, la ingencia montañera de Despeñaperros: encinas y jarales, por entre los que huye el jabalí al acoso de la jauría; cortaduras trágicas que se precipitan sobre el abismo, en el que espejean las aguas de humildes regatos, y el recuerdo del bandido generoso en la guarida inaccesible.

Llegamos a la provincia de Jaén y se nos hace patente aquello de Ford en su libro "Gathings from Spain": "Sería más conveniente, en todo caso, al turista estudiar cada provincia aislada y analizarla en detalle, prosiguiendo las observaciones de sus particularidades, sus características sociales y naturales, o la idiosincrasia de cada región, en particular, que la dis-

tinga de sus vecinas." Variedades étnicas, geográficas, folklóricas; tipismo, anecdotario, historia. Cada provincia es evidente que tiene personalidad propia derivada de ésta. La diferenciación regional y provincial obedece, sin embargo, a un criterio restricto, a medidas en cierto modo convencionales tradicionalmente observadas.

Tierras de Jaén...

La leyenda de un lagarto, sierpe o dragón, aparecido en un venero antiquísimo del Cadiato. Aceitunas... y un cantar gracioso:

"Cogiendo la "asituna",  
gané un "bestio";  
me lo puse tres "veses":  
ya está "rompio".

Tierras de Jaén...

Un ronquido característico, popular, sin expresión gramatical, un poco de piconero cordobés y galana jaenera. El Castillo de Santa Catalina. La cruz, índice de religiosidad. Vientos, frutas, campanas... Barrios morunos en los que vive la jornalera. La Catedral, joya del Renacimiento. Mujeres de belleza impar. Guardados en los archivos, cricones en los que se funda la historia de un pueblo entre andaluz y castellano.

Para nosotros, el alma de una ciudad tiene su más íntima expresión en el paisaje, "atribución exclusiva de un valor estético", "estado permanente de sensibilidad en lo accidental de las formas", "emancipación decidida de cualquier obscura consideración utilitaria". Y Jaén es todo un paisaje, un ancho campo de contemplación. Nos salva de la monotonía del "¡Arre, burro!"—tan dolorosamente observado por Eremburg en ese hiriente libro en que se llama a los andaluces "los actores cómicos de España", en "España, República de trabajadores"—, el deleite de estos olivares interminables. Vamos andando, y según abre la carretera en las montañas y los valles, en las huertas y cañadas, el paisaje se nos presenta con su belleza inencontrable, múltiple. Aquí está al alcance de nuestra mirada el prado asturiano; están los helechos y castañares, las colinas aterciopeladas; están la llanura manchega, los vergeles levantinos, la vegetación húmeda del Norte. Y sobre todas las diferencias de luz y color, tonalidades y matices..., el paisaje austero, clásico, de las olivas providentes, fecundas—"La Sulamita del "Cantar de los Cantares", para encomiar al Esposo, requebrábase así: "Oleum effusum nomen tuum", ¡...y aceite derramado es tu nombre!—que parecen consejos de ancianos deliberantes, que ascienden de las lindes del camino a las cúpulas de la serranía.

Jaén: una ciudad que siempre tiene los brazos abiertos y el corazón en surco de humildad y de trabajo. Dicen que se entra en ella llorando... ¡y se sale llorando también!



## ¿Sufrimos una crisis económica o un atascamiento de riquezas?

Por ISAÍAS TABOAS

Presidente del Comité P. R. de Jornada

La crisis espantosa que sienten por igual todos los pueblos del mundo tiene que preocupar a quien tenga sensibilidad. Llevamos varios años estudiando el problema. Vamos a decir algo sobre él.

Hay crisis económica. Pero, ¿estamos seguros de que es crisis? ¿Se perdieron las cosechas? ¿No alumbra el Sol? ¿Le entró la polilla al dinero?

La realidad (no hemos de insistir en ello, porque es de todos conocida) nos indica que es todo lo contrario de las preguntas que acabamos de formular. No sólo no se perdió cosecha alguna, sino que, además, sobra de todo. Luego, ¿sufrimos una crisis o un atascamiento de riquezas?

Sin duda, lo último.

Nadie duda del origen de la crisis: el paro forzoso. Si entendemos lo que es un parado, ya habremos dado con la solución del problema.

Parado es un ser que no tiene trabajo, porque su esfuerzo para nada hace falta. No se necesita que labore en la producción de naranjas, ni de conservas, ni de café, ni... ¿a qué seguir? Ya dijimos que sobra abso-

lutamente de todo. Y es eso precisamente la misma crisis.

Se infiere, entonces, que el parado es un ser que no debe trabajar.

Tal es el triunfo que este discutido régimen capitalista, con sus imperfecciones, como toda obra humana, presenta a la faz de la tierra.

Repetimos: el parado no necesita trabajar. Agregamos: no causa el menor perjuicio con que no trabaje. Todos los perjuicios que ocasiona son por no consumir. Dénsele posibilidades de consumir, y ese gran triunfo del capitalismo, ya existente, pero oculto, se mostrará.

Para dar a todos posibilidades de consumir sólo hay dos caminos: o reducir las horas de trabajo para que todos tengan salario, o, si se mantienen las ocho horas, buscar en qué emplearlas.

Todo lo que sea apartarse de esas dos fórmulas es perder el tiempo.

Hasta ahora, los técnicos discurrieron sobre balanzas de pagos, valor de divisas, déficit presupuestario, etcétera.

Esas cuestiones son accesorias, sin valor alguno. Por eso los técnicos no sólo nada resuelven, sino que todo lo empeoran.

Ambas fórmulas: reducción de horas o buscar en qué emplearlas, son lógicas. Las practica el ilustre Presidente de los Estados Unidos, Mr. Roosevelt. Es el único estadista que merece la atención del mundo.

En España hay mucho que hacer. Faltan carreteras, ferrocarriles, escuelas, hospitales, embalses de agua, etcétera, etc.

Pongámonos a construir todo eso, de golpe, y nuestra crisis estará solucionada. España pasará a ser una de las naciones más ricas del mundo.

¿Dinero? Todas las naciones tuvieron siempre, tienen y tendrán, cuanto dinero les venga en gana. El dinero es el resguardo o común denominador de las riquezas. Mientras las riquezas existan...

El tener riquezas, como tienen hoy todas las naciones, y pasar necesidades por falta de dinero, es exactamente igual que tener una prenda de vestir o una herramienta cualquiera y no usarla...

Todo Estado que tiene riquezas (bienes materiales: edificios, productos agrícolas, industriales, etc.), y no sabe crear dinero para movilizarlas, es pobre de verdad, como si las riquezas no existieran. No usa la prenda de vestir ni la herramienta: no existen.

¿Por qué hay pueblos ricos y pueblos pobres en el mundo, en la misma posición geográfica, o sea con los mismos elementos naturales? Porque unos usan las riquezas, y otros, no.

¿Por qué España no es tan rica, proporcionada a su extensión, habitantes, etc., como Norteamérica? Porque los norteamericanos se echaron a lo rico. Las riquezas existían. Las usaron. Los españoles se echaron a lo pobre. Las riquezas las tenían. No las usaron. Fué y es lo mismo como si no existieran.

¿Petróleos? ¿Maquinaria? ¡No! ¡¡Cerebros!! Los norteamericanos eran ricos antes del uso del petróleo. En España tenemos materiales, ingenieros y obreros para hacer las mismas máquinas que hacen los norteamericanos.

¿Grandes cerebros? ¡No! Ponerse a ello solamente. Coger la prenda de vestir o la herramienta y usarla. Las riquezas las brinda gratuitamente la naturaleza.

¿Cómo aprovechar esas riquezas? Lanzando dinero a montones. Cuando el Estado pregunte: "¿Cómo he de dar dinero si no lo tengo?" Repliquémosle: "¿Cómo lo has de tener si no lo has dado?" La iniciativa en la circulación del dinero corresponde siempre al Estado. Todo el dinero que hay en el mundo fué dado o lanzado por los Estados. El Estado más rico, Norteamérica, por ejemplo, fué aquel que dió o lanzó más dinero.

Dos medios hay para lanzar dinero: el aumento de la circulación fiduciaria o los empréstitos. En España sobra dinero. Es preferible el empréstito.

Nadie se preocupe por las deudas de la nación. La de España, proporcionada a sus riquezas, es microscópica. ¿Qué pasaría si multiplicásemos por diez nuestra deuda? Tendríamos diez veces más ricos que hoy. Eso, ¿sería un mal o un bien? Sería un bien. Son ricas aquellas naciones que tienen mayor porcentaje de rentistas.

El dinero de los empréstitos, al circular, se multiplica y se paga a sí mismo.

Machaquemos en nuestras teorías. Por obra de la naturaleza, el hombre es inmensamente rico. Los progresos actuales lo enriquecen más. Basta saber desentendernos dentro de tanta riqueza. Para ello es indispensable la circulación de dinero a raudales, siguiendo la ruta de la naturaleza que da a raudales y sin tasa todo. Y no olvidemos que el dinero es un ingenioso artefacto inventado por el hombre para servirse de él a su antojo y paladar: nunca un dios monstruoso ante el cual deba ofrendar su vida la Humanidad.



Su vientre es como un plato; el hombro, mudo; la cadera, lironda; monda lironda, pura, fina curva...

## CUENTO DE HADOS POR ANTONIO PORRAS

Los hombres entraron. Habían hecho un largo viaje. O quizá no se movieron de sus sillas de junco. Pero entraron de vuelta, animosos y alegres, porque su torería nativa se había empapado, en el viaje, en eso que el supremo andaluz inventó para ceñirse al flanco la embestida de la muerte, a saber: la curva tangencial, que es siempre la mejor coraza.

Los señores *serios* les rodearon llenos de autoridad y Reales órdenes. Les hicieron muchas preguntas de esas suficientes que no tienen respuesta. Y las muchachas les miraban buscándoles instantáneas en los ojos. Ellos se dejaban contemplar con garbo, ¿eh?

En representación tácita de los demás señores avanzó a ellos el señor Presidente de la Gran Liga para la Definitiva Regeneración. Se cubría con una sonrisa protectora; a su retaguardia, sus leales; y más atrás, con un espacio entre la constelación viva de los ojos de las muchachas.

(El señor Presidente se yergue en capitán. Se cree el centro de la escena, y lo demás, su adorno. Se cree el depositario de la idea gobernadora madre, y lo demás, pamplinas. Es un punto de vista.

Pero los recién llegados, aunque él no lo conciba, tienen otro: no ven al señor Presidente sino desdibujado en primer plano y entre lo pardo de sus secuaces, porque los llegados miran más allá, al brillante puntillismo astronómico de los vivaces ojos. El señor Presidente es como una rama desenfocada en el primer término de una fotografía.

(Menos mal que se ha salvado por decorativo.)

El señor Presidente habla:

—¡Ejem! Y bien, pollos, ¿cómo encuentran, a su regreso todo esto? ¡Ejem!—volvió a carraspear en coda altipolítico-pomposuficientísima.

Sus palabras y su carraspeo fueron como un tiro a una bandada de gorriones sin matar ninguno: vuelo y silencio súbitos.

El tiempo había formado como una charca espesa en su claro correr. La pregunta había parentesiado el discurrir. Todo adquirió un aire momio.

Allá suspiró una de las muchachas y acá respondió, al fin, uno de los llegados:

—Bien, bien; la gente sigue entreteniéndose en jugar... al tresillo.—Y suspiró, descansando.

El señor Presidente apagó, tendiendo un brazo, el amago de risa que floreció en el coro de muchachas al oír la respuesta; se retorció el bigote; se cardó suavemente la barba; se alzó sobre la punta de los pies y se dejó caer sobre los talones dos, tres veces, en gesto habitual y magnífico de re-putir y asentar su alta suficiencia, y replicó:

—¿Es malo, pollo, el juego del tresillo?—y guiñó, pícaro, a su escolta.

El aludido, en un aprieto. Verdaderamente no sabía qué responder. Al cabo habló con tímida naturalidad:

—Por causa de un codillo reveló un cura el secreto—y se quedó como turulato.

En el coro de muchachas, los ojitos relucieron ávidos: ¿cuento?

El que habló sonrió. El señor Presidente carda su barba. Sus leales se menean.

El que habló cuenta el cuento, sin saber por qué:

—Jugaban tres curas al tresillo...

Tres curasal,

Tresi.

Tres.

Trestres.

Trescu,

Tresras.

Trescurasal

Tresi

llojugaban.

Uno de los jugadores dijo:

—Si me dais otro codillo revelo el secreto.

Y los otros dos le contestaron:

—¿Ehm?

—¡Que si me dais otro codillooo, revelo el secreto!

Y los otros dos:

—¿Ehmm?

—¡Que si me dais otro ;;;codilloooooo!!!, lo revelo!

—¡Zas! ¡Codillo! ¡Ja, ja, ja! ¿Cuál es el secreto?

—¡Pues que no hay infierno!

El narrador sonríe vital y amable. Allá, entre ellas, y entre una clara nube multicolor, se alza una exclamación, llena de gracia:

—¡Jesús!

Ellos sonríen y avanzan flanqueando a los señores:

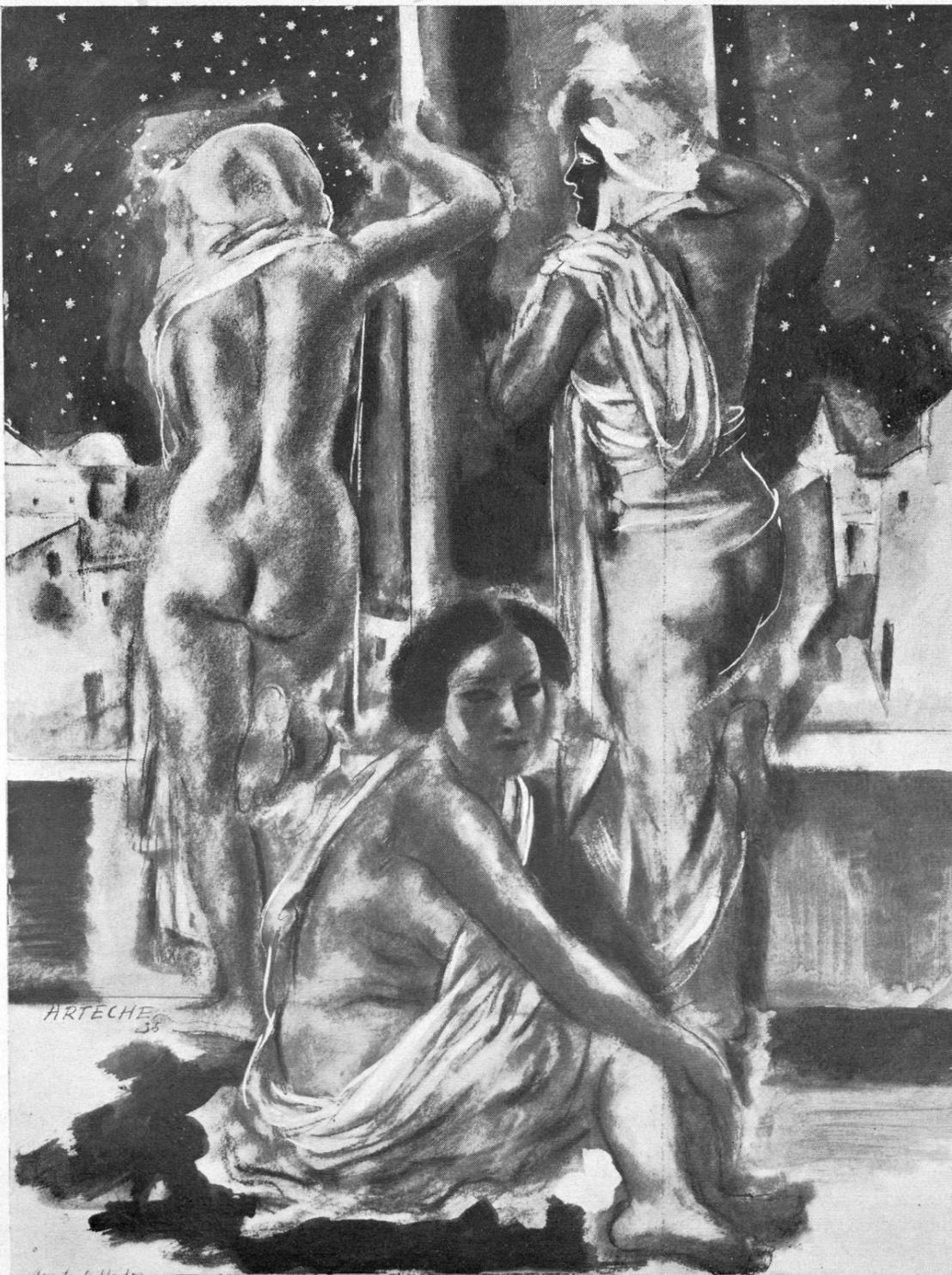
—Pues que lo haya.

Elas y ellos ríen, brincan; dientes blancos y apretados, labios que se abren jugosos, aire que se remueve y bate en las aspas cristalinas de la risa.

El señor Presidente de la Gran, probando a digerir la bola de billar, se da su habitual masaje en el abombado estómago, decorado con una cadena de dos ramales y un dije en medio de los dos arcos en pabellón. Luego, con suprema elegancia, prende sus pulgares en las sisas del chaleco y se retira, seguido de sus leales.

Al jardín regresan los colores y los pájaros.

En toda reunión de hombres y mujeres hay siempre, y.



En las azoteas de la ciudad en noche hay mujeres mudas, quietas, limpias, solas, silenciosas.

por lo menos, un El y una Ella. A veces, ni él ni ella se dan por enterados, hasta el punto de acrecer las es al tamaño mayúsculo. Pero eso no importa.

El mira. Ella se deja mirar. El dice tras una pausa:

—¡Eso de comer a lo avestruz, que no haberte visto nunca hasta ahora, eso de tragarse el amor de sopetón y entero, eso no lo haré yo nunca conmigo, nena!—le dice, mirándole bien mirada.

Y ella le contesta:

—Habrás querido decir contigo.

—Eso he dicho: conmigo. ¿No lo oíste?

—Tonto, retonto: al hablarme tú a mí, habrás querido decir conmigo, o sea contigo; esto es, conmigo—y su dedito índice, como un tallo del que va a salir ya mismito una flor, iba indicador señalando a él y a sí misma.

—¿Migo? ¿Tigo? ¡Ay, ay! la culpa del enredo la tuvo esa forma pronominal en *tigo*—y cortando la risa que ella iba a ofrecer, él prosigue, rápido ya:

—¿Que no te comería yo así, así, nena?

Requilorios y caracoleos son antes necesarios, porque el amor es lujo. El hombre haga arabescos, círculos elegantes de radio cada vez corto, y ella fije la posición marcando el centro. Alta geometría del espacio es el amor desde este punto de vista; del espacio y espaciosa, porque el amor, que es lujo, requiere tiempo ocioso. También el arte y el filosofar. Séneca, el cordobés, supo hablar de esa magnífica poltronería.

El parlanchín se deja caer en un sillón:

—Siéntate aquí, a mi vera, y puesto que ello no se refiere en modo alguno a nosotros mismos, charlemos sobre esto del amor.

Ella, sentada, saca, burloncilla, la lengua.

—Guárdala, nena.

—Ella, por contrariar—una de las misiones de la mujer—la deja fuera.

El, rápido, le pasa un dedo por la lengüecita y vuelve a gusto la hoja de su libro.

Ella tendría ahora que hacer algo violento, y como suena música, le toma y pone en aptitud de baile. Es una solución.

—Y que eso está bien, mujercita. Y que el hablar ha estado en su punto. Bailar es darse en espectáculo y obliga, cuando se tiene un mínimo decoro, a un control de sí mismo, para no parecer mal. Oígame usted, señorita: un país de bailarines sería un ideal: el bien parecer mandando. ¡Fórmula de arte! Porque el ser en libertad es el reinado del hombre de las cavernas. ¡Cuántas cosas serían imposibles en un país de bailarines puros!

La ve ante sí parada y esperando, y añade:

—Por ejemplo, entronizar la cojera nativa. ¿Qué dices? ¡Ay, señorita! Perdóneme que ahora mismo no baile con usted, porque si bailara no me vería bailar contigo. Baile usted con otro para que yo te vea.

Ella, respedida del tú al usted, y viceversa, se evade tirándole a la nariz una bolita que sus manos—¡oh manos preciosas de mujer!—hicieron, sin darse cuenta, mientras la perorata, con una hojita de este árbol. Y se aleja.

Queda sentado el hombre. Divaga. Busca, floreador, espacios fértiles de ocio. Mariposo, se dice él a sí mismo.

Ella baila. Termina. Le mira y ríe y le burla. Da un brinquito. ¿Ha notado algo placentero al brincar, puesto que vuelve a hacerlo, y luego se queda, en punto seguido, quieta y como escuchante? ¿Ha notado, quizá, la tenue vibración de las manzanas firmes de su pecho?

¿Manzanas? ¡Oh, qué tópico de frutería maravillosa! ¡Ella! ¿No sería mejor decir naranjas? ¡De la China! ¿Y pechos? ¿Senos? Feas, feas palabras y falsas y sin precisión. Los clásicos lo decían con su nombre real; pero esas *tes*, como puntales, que entran en la palabra, son horribles e inaplicables en este caso. Eso le cuadra a lo brujo, péndulo, usado y libidinoso, pero no a lo que es todo gracia y luz, maravillosa nena.

Ella le hace un mohín y él continúa como si no la viera.

Y que no encuentre la palabra graciosa y precisa. ¡Ay, qué de pérdidas por falta de palabra! Son muchos, amigos, muchos, ¡ay!, los momentos bellos que no nacieron por tal causa, y muchos también los muertos o asesinados por nosotros cuando, desnudos y con gozo, se nos entregaron, y nosotros, asesinos, los vertimos con palabra fea de almacén. Los ronatos me duelen, pero cabe el mal consuelo de que no llegué a verlos. Por los otros lloro; se me aparecen en sueños; me miran sin encono; yo quisiera que me mirasen airados, para que su odio, por reacción, me despertasen enemiga contra ellos o, al menos, me sirviera de pretexto a desalojarlos de mi alma: todo lo amable y querido debiera ofendernos gravemente horas antes de morir. Y estos pobrecitos muertos por mi mano incapaz me sonrien desde su otro mundo bobo creado por mi insuficiencia. Los creen vivos, porque sus

ojos se mueven y su color es puro, mas si algo se les cae no pueden recogerlo, porque sus cuerpecitos están rígidos. Me sonrien, les hablo, lloro, y se van, dejando en el muro blanco el molde hueco de su cuerpo.

Ella ha terminado por acercarse al ensimismado, que en las pausas apura copa y copa. El habla:

—Acabo de presenciar un naufragio por falta de palabra, digo, de salvavidas—y se le escapó un suspirillo.

Pareció una consigna. Todos los demás suspiraron. Y ellas hicieron cada una su juego:

*Antón, Antón, Antón Pirulero.*

—Jesús, qué gente más loca.

Y que él la remira. Y que ella sigue riendo y se deja contemplar la vibración gemela. Bonita, la muchacha, ¡ay! Su vientre es como un plato; el hombro, mondo; la cadera, lironda; monda y lironda, pura, fina curva revolante de gracia.

Unos pasean. Otros forman grupos en reposo. Los que pasan por la calle van con vestidos echados por la sombra de la verja del jardín. Hay árboles verdes. Hay muros lisos, blancos. La golondrina es pez en el agua, sol del viento. Una rosa, abierta en la mañana, recuesta en el aire su languidez jugosa de bella recién parida. El va y la corta y la tira por encima de la tapia.

—Señor: una mujer del harén ha muerto degollada.

Ella señala con el dedito, y por allí, al otro lado de la tapia, emerge una canción. La risa de ella, diabliposa, revoloteó ágil por el horizonte blanco del tapial.

Un viejo, que pasa por la calle, mete las guceras por un espacio del enverjado:

—¡Olé! Eso es reír, y lo demás son pésames! ¡Olé! ¡Y viva la gracia!

—¿La gracia?

—La gracia, ¡ea! La gracia. ¿Están ustedes un poco torpes y supones? La gracia, lo dice cualquier sin gracia. La cuestión es tenerla.

¡Ay! «That is the question».

¿Está beodo el viejecillo?

Se encara con el hombre del jardín:

—Esa es la cosa, caballero, y usted dispense que me metiera en camisa de once varas. Y dispense usted también, madamita, aunque me hago cargo que la de usted no será tan larga, gracias a Dios, y ahora que dispense Isabel la Católica. Caballero, no pude sujetarme y piropé a la señorita. Y fué que al oír su risa... Porque se va perdiendo el buen reír. Salud, y que ustedes se disfruten muchos años.

El viejo popular alzó su sombrero reverenciosamente y se alejó repitiendo:

—Salud, y que ustedes se disfruten.

¿Qué sorpresa, en ese mutuo disfrute en vaivén como una brisa; esa forma reflexiva en el plural, que guardamos! Disfrutarse uno a través del otro y del otro por uno, el magno ovillo de cristal, la esfera luminosa del buen gozo.

Y como el viejecillo se alejaba repitiendo «que ustedes se... etcétera», no se sabe de dónde salió una dulce voz:

—Y usted que lo vea, amigo.

Punto. Un revuelo de alarma. ¡Que torna el señor Presidente! A modo de preventivo, uno decide dar un beso a una. Husmeado el peligro que se acerca, los demás, unos deciden lo mismo. Luego lo harán ellas. Es lo procedente y más honrado. Pero como el tiempo apremió, ellas y ellos se besaron al par.

Tilín, tilín, en el jardín.

El señor Presidente tiene la palabra.

Dijo lo que quiso.

Para él no había censura.

Ni oyentes.

Porque ellos y ellas se habían ido.

El señor se puso furioso:

—¡Vienen y nos roban los hijos!

«La piadosa noche los cubrió con su negro manto.»

En las azoteas de la ciudad en noche hay mujeres mudas, quietas, limpias, solas, silenciosas. Abajo, calles de muros blancos. Arriba, la tersura del cielo. Y caminos en la espaciosa tierra.

En los oídos del señor Presidente y sus tresillistas zumba un enjambre volador y áureo, que ellos buscan armados de hisopos.

¿Hisopos? Uno propuso cargarlos con fiit, y otro, más práctico, dijo:

—Lo mejor será no cargarlos con nada y dar con el bolondrón en la cabeza.

## LOS TIGRES DEVORADORES DE HOMBRES

Por el capitán NICK ASKER

Una mañana, apenas el sol comenzaba a aclarar el obscuro cielo de la jungla asiática, cuando un grupo de nativos, formando semicírculo alrededor de mi tienda, exclamaban:

—«Cleu!» «Cleu!»

Este grito se podía traducir por «¡Tigres!»

En una ciudad civilizada no se puede comprender el verdadero terror que encierra este grito. He visto en mis viajes las ruinas de aldeas enteramente abandonadas; todos sus habitantes habían emigrado ante el avance de los tigres devoradores de hombres. En una de estas aldeas, dos muchachas y cinco hombres habían desaparecido en el término de una semana en las fauces de las fieras. Estos animales, después de haber gustado la sangre humana, no abandonan las inmediaciones de la aldea, siempre en busca de alguna otra presa.

Después de haber viajado por el norte de Indochina, donde había estado cazando, me dirigí al este. Allí conocí al Gran Banta, rey de una tribu. Me contó que había tenido que hacer retirar a varios pueblos de las aldeas en que habitaban, porque los tigres cada vez hacían más víctimas. Como el Protectorado francés les prohibía usar armas de fuego, no disponía de muchos medios con qué exterminarlos.

Le pedí que me permitiera cazar los que pudiera, a fin de ayudar a su pueblo. No por una recompensa, sino para proporcionarme un placer de cazador. A todo accedió el rey de la tribu, agradecidísimo.

Después de preparar la expedición para cazar los famosos tigres de Bengala, me puse en camino. Todo hombre tiene una ambición secreta, que pesa más que las otras en su vida: la mía era la de llegar a cazar tigres de Bengala, y he aquí que se me presentaba mi primera oportunidad durante mi expedición inicial en Asia. Atravesamos unas selvas y llegamos a las tierras de Moïs, conocidas con el nombre de Bom De Gleh, en la Indochina Francesa.

Nos hallamos cerca de una aldea, cuando oímos los gritos angustiosos de una mujer. Los indígenas que nos acompañaban quedaron inmóviles por el terror, y sólo nos adelantamos mi criado Dah y yo. Por esas regiones se había producido el caso de que un tigre devorara varias mujeres y luego desapareciera. Unos segundos después apareció una joven indígena corriendo presa de pánico; al punto vimos aparecer a un enorme tigre de Bengala, que saltaba para arrojarse sobre su víctima. Mi criado y yo disparamos juntos, y la bestia cayó junto a los pies de la mujer, lastimándole con sus garras las piernas. Un minuto más, y hubiera muerto.

Al llegar a la aldea encontramos que estaban velando el cadáver de un indio muerto por un tigre. Como el pobre hombre estaba destrozado, pedimos su cadáver para que sirviera de cebo. En efecto, por la noche nos colocamos en acecho. Vimos aparecer dos tigres atraídos por el olor, y al momento de aproximarse al cadáver conseguimos matarlos. Otro que los seguía escapó. Los tigres se mueven con mucha cautela, con sus orejas rectas y los ojos escrutadores listos para huir del peligro.

Hay dos métodos muy usados por los cazadores de tigres: uno es marchar sobre un elefante y con un grupo de nativos, los cuales tratan de hacer ruidos, con el objeto de hacer salir a los animales. Este método tiene sus inconvenientes, y es que puede costar la vida a algunos indígenas. El otro es instalarse sobre una plataforma confortable a cierta elevación, construida a propósito, y cerca de la cual se ha colocado algún animalito atado para que sirva de cebo y a él acudan los tigres.

Yo jamás he usado estos métodos. Lo primero que hago es estudiar al animal. Los tigres de Bengala son unas bestias singulares, con la misma regularidad de un policía o de un conductor de vehículos. Por lo general, hacen sus correrías durante cuarenta o setenta horas, y luego descansan durante unas veinte horas. Luego busco dónde hay huellas de tigres y estudio si éstas son recientes y si es que hay varias, porque cada una de ellas se diferencian a los ojos de un conocedor. Siguiéndolas me han de guiar hasta la guarida de los tigres; claro está que a veces éstas conducen hasta un río.

Acompañado por Dah me interné en la selva, porque los habitantes de la aldea estaban alarmados por la gran cantidad de tigres que decían haber visto en la región. Seguimos huellas durante días y noches. Dah me enseñó muchas cosas, entre otras, cómo diferenciar a un devorador de hombres de cualquier otro tigre. Los devoradores tienen los dientes de un color amarillo obscuro, al contrario de los otros, que los tienen blancos y limpios; además, tienen una raya negra que corre desde la encía hasta la punta de los dientes.

Después de un día de camino vimos nuestro primer tigre. Nos habíamos ocultado con Dah detrás de unas matas, y vimos al tigre antes de que él nos viera a nosotros, porque los dos teníamos camisas verdes que se confunden con los pastos. Dah me explicó que por allí había de haber alguna cueva en la que vivirían varios, y, en efecto, permanecimos ocultos durante un rato, los nervios en tensión por la espera, que se prolongaba, hasta que, por fin, apareció un enorme tigre escrutando los alrededores, con sus fauces abiertas. Hice fuego; el tigre saltó en el aire y cayó, pero volvió a levantarse para tornar a caer a una nueva descarga nuestra. Una vez muerto había que llevarlo a la aldea para mostrárselo a los indios; pero Dah no se atrevía a ir solo, pues tenía dos días de marcha. Juntos emprendimos la marcha con el tigre muerto. No habíamos marchado tres horas cuando sentimos un rugido cercano. Estábamos alerta, cuando aparecieron a nuestra vista dos tigres. Dah, echado a mi lado, estaba nervioso; le recomendé tranquilidad, pues podía errar la puntería. Disparamos juntos. Los tigres no tuvieron tiempo ni de saltar: cayeron fulminados.

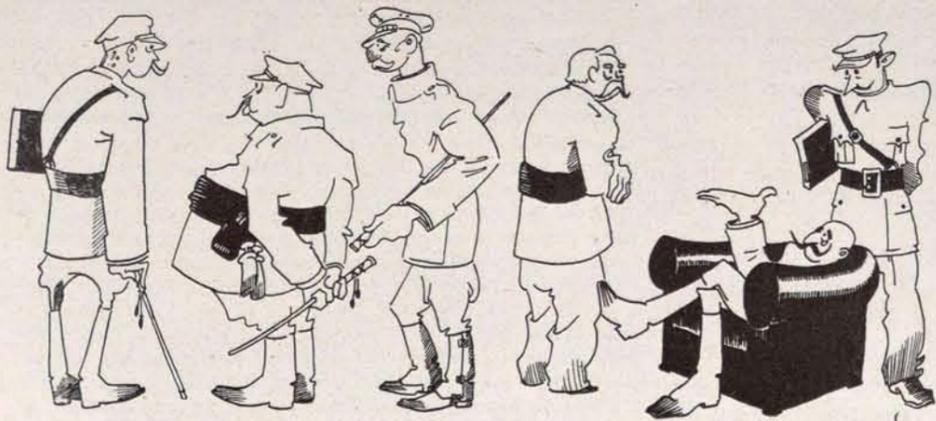
Ya cerca de la aldea, los nativos salieron a nuestro encuentro, demostrando gran júbilo al ver los tres tigres muertos.

Uno de los momentos más difíciles que pasé fué a los pocos días de estar descansando en la aldea. Habíamos ido Dah y yo a pasear, cuando vimos a un tigre que acechaba a una joven que juntaba frutos; al momento hice fuego; el tigre, herido, fué a caer a unos pocos metros de donde se encontraba la joven, que, aterrorizada, no podía moverse del suelo. Las garras se extendían, cuando una nueva descarga le inmovilizó.

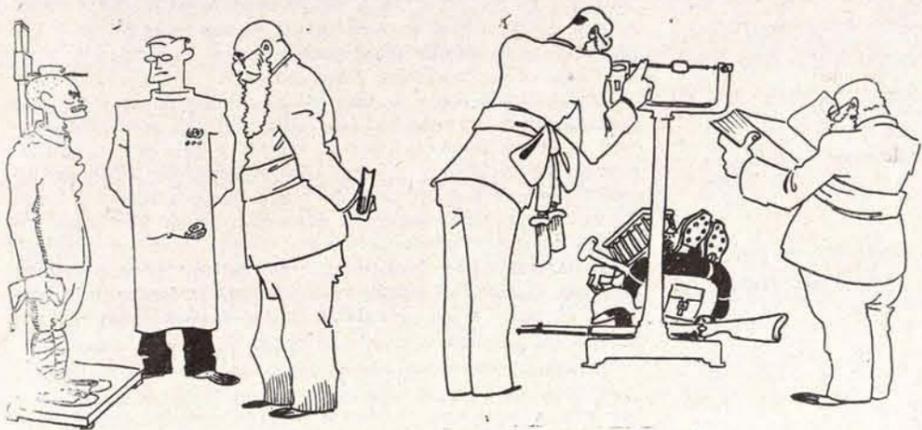
# HISTORIETA MILITAR

Por SILVERIO

ESPECIAL PARA «CIUDAD»



Aquellos jefes de Infantería tenían razón: ¡aquello no podía continuar así! El que fuesen destinados a Infantería los soldados más pequeños, teniendo que llevar más equipo que los de las otras Armas y tomar en el combate una parte más activa, no era lógico; y reconociéndolo así, se reunieron los generales y jefes de Infantería—cada uno llevando su gran bigote—para pedir un remedio a esa anomalía...



...elevaron un detallado estudio a la Junta de Clasificación; ésta lo pasó al Estado Mayor—calvas relucientes, espesas barbas y las imprescindibles gafas para tener aire de intelectual—, que, detalladamente y con muchísima calma, estudió el asunto: tomó medidas, pesó el equipo, tuvo en cuenta las condiciones del recluta, el terreno, clima, alimentación, clase de cédula que pagaban, número de cuello, si jugaban o no al tute sustao, etc., etc... y, ¡por fin!...



...encontró la razón poderosa para que las cosas siguiesen como estaban y la justificación del estado anterior: "Mientras más pequeños fuesen los soldados de Infantería, ¡menos tendrían que cavar al hacer sus trincheras!..."

## CINCO DIAS DE ANGUSTIAS

Por W. G. H.

Era el mes de enero cuando la goleta «Richard Warbrick» partió de Rumcorn con un cargamento de carbón para Plymouth. Tenía veinte años y poco más de cien toneladas. Su tripulación estaba compuesta de cinco hombres, entre los que me contaba yo. Nada de particular nos había acontecido hasta que entramos en el canal de Bristol, donde se levantó un gran viento del levante.

Nos salvamos, sin embargo, de esta borrasca y de las dos o tres que la siguieron, hasta que una mañana nos hallamos entre la isla de Shilly y la costa de Cournailles. Hacía un tiempo nebuloso, con viento de popa. Yo había terminado mi tarea y me iba ya a descansar cuando oí un grito sobre el puente, y en el mismo momento sentí una sacudida terrible. Salté de mi cabina y me enteré de que la goleta se hundía. Mis compañeros estaban echando al agua el único bote que teníamos.

No veíamos más que agua; pero, con toda seguridad, habíamos chocado contra algún escollo sumergido.

No hay ninguna sensación más horrible que la que experimenta un hombre cuando la nave que acaba de abandonar en semejantes circunstancias desaparece en el mar. Al hundirse la goleta, el océano se nos antojó más grande y el mundo entero nos pareció hecho de agua. El viento nos empujaba velozmente hacia el Atlántico, y permanecimos como insensibles, enloquecidos de miedo.

Al revés de otros que han atravesado desastres tan terribles como el que estábamos pasando, nuestros sufrimientos comenzaron en el mismo instante en que entramos en el bote.

Jamás, ni en las más altas latitudes, he sentido un frío tan horrible como en aquella ocasión. Una fuerte nevisca nos azotaba con violencia.

Para luchar contra la tempestad no teníamos más que los remos. Era un lunes. Durante toda la jornada se cansaron nuestros ojos de girar en vano por el ilimitado horizonte que nos dejaba la niebla, con la esperanza de avistar una nave.

La noche comenzó a caer. No podíamos habituarnos a las tinieblas. El viento nocturno era peor que el diurno, pues su frío penetrante nos cortaba las carnes. Nada veíamos a nuestro alrededor, como si estuviéramos ciegos. La violencia de las olas se hacía más grande también. Estábamos mudos. Al despuntar el alba, parecíamos viejos. Uno de los muchachos, Burke, estaba como agonizante, tendido en el fondo del bote.

Las olas eran muy altas y se volvía peligroso el tenerse en pie, porque podía darse vuelta el bote. Estábamos cansados de mirar por todos lados, pues no divisábamos más que olas y olas. De repente, Burke empezó a gritar que le diéramos un poco de agua, seguro de que la teníamos y no queríamos dársela. El capitán trató de calmarlo, hablándole con dulzura. Pero Burke continuaba clamando por el agua. Después hundió la cara en el fondo del bote y se puso a tomar agua salada. De pronto yo observé un objeto que brillaba en el mar a poca distancia de popa y llamé la atención del comandante.

Este dijo que era uno de los barrilitos de manteca que teníamos a bordo de la goleta. Lo recogimos con la ayuda de un remo y, como estábamos muertos de hambre, comimos la manteca. Pero estaba tan salada, que hizo crecer nuestra sed.

El cuchillo que habíamos utilizado para abrir el barril estaba en el fondo del bote, y en un descuido nuestro, Burke se apoderó de él y se arrojó sobre el capitán. Lo golpeó una vez, pero el grueso impermeable del capitán soportó el golpe, y antes de que tuviera tiempo de alzar nuevamente su mano armada, lo volteamos y le mantuvimos bien sujeto.

Al final, entre todos sujetamos nuevamente a Burke. Pero estábamos débiles, y cuando el pobre diablo empezó a calmarse, lo dejamos.

Después cayó la segunda noche. Pensé que no veríamos la luz de un nuevo día. Mi sed no era tan aguda, pero sentía un latido sordo en la garganta y un dolor que me contraía las mandíbulas, haciéndome sufrir como un condenado.

Cuando se levantó el día, miré hacia mis compañeros y vi a Burke con los ojos cerrados. —¡Muerto!—grité.

—Es el primero—dijo el capitán—. Dios tenga misericordia de nosotros.

Luego de recitarle una plegaria, que nunca nos salió tan profunda ni tan dolorosa, arrojamos el cadáver al mar.

La sed empezó entonces a enloquecer a Pearsons y a Daly, y lamieron, como Burke el día anterior, el agua salada del fondo del bote.

Yo no sé cómo pasamos, semiinconscientes, tantas horas semejantes a siglos. Llegó, por fin, el jueves, y el tiempo se aclaró, disminuyó el viento, y el mar se puso tranquilo. Retiramos los remos, sostuvimos levantado uno a manera de mástil, y con nuestros impermeables fabricamos una especie de vela. El viento, transformado en liviana brisa del sur, nos empujaba hacia la costa irlandesa, según pensábamos.

La caída de la noche fué como el ultimátum de la misma muerte. Al encontrarnos frente a frente con las tinieblas nos sentimos perdidos para siempre. Llevábamos noventa horas en un bote abierto, sin más alimento que manteca salada y sin beber. Sin embargo, cuando brilló la mañana del viernes, estábamos vivos todavía. ¿Tendríamos que sufrir otra noche? Pearsons, que estaba apoyado con el pecho sobre uno de los bordes, se levantó de pronto, indicando algo con la mano. Tenía la boca llena de espuma y no pudo decir ni una palabra. Miramos todos en la dirección que apuntaba y vimos un gran velero que se dirigía directamente hacia nosotros. ¡Cómo lo miramos! Estábamos todos de pie sin pronunciar una frase.

Era la goleta «Buena Esperanza», dirigida por un capitán tan humano, que cuando lo recuerdo me dan ganas de llorar. Esta es la historia, o al menos, la parte de la historia que vale la pena referir.

FRASCO, 2,50  
LITRO, 15 PTAS.  
Y PARA REACCIONAR DESPUES  
FRICCIONES DE COLONIA AÑEJA  
PERFUMERIA GAL • MADRID • BUENOS AIRES

# Cine

Por  
GABRIEL  
GARCIA  
ESPINA



Un film nacional

## "Nuevas rutas", película de Obregón y Goyanes, realizado por Trotz

El pasado viernes, y en sesión especial, se dió a conocer en un primer salón de cine de Madrid la película «Nuevas rutas», que presenta Intercambio Cultural Iberoamericano.

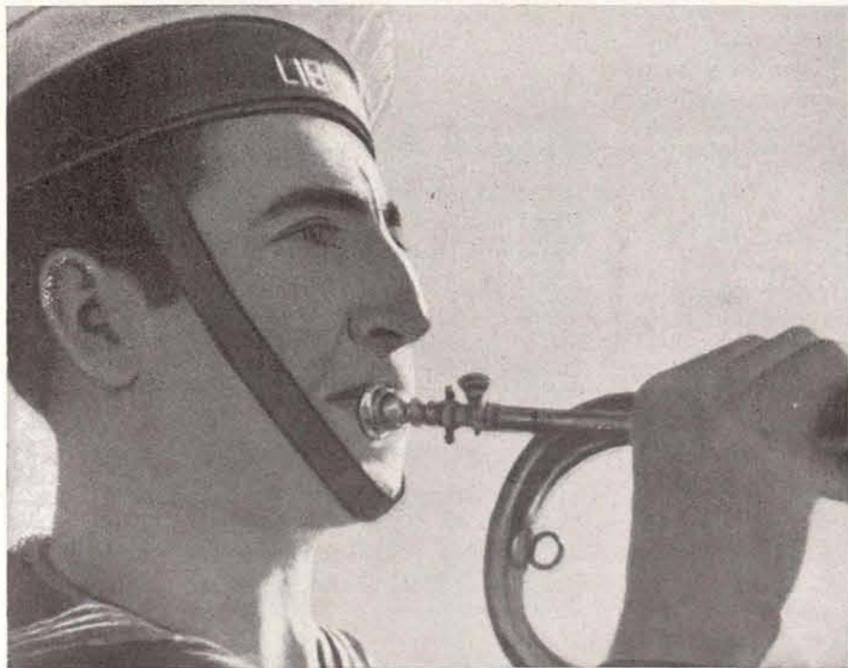
«Nuevas rutas» se ha dicho que es un gran film nacional, y nada más cierto. Ha sido creada para dar una visión documental de España en todos sus aspectos: histórico, monumental, artístico, industrial, agrícola, deportivo, militar; pero todo ello a través de un original argumento, lleno de optimismo y de juventud.

Los escritores Antonio de Obregón y Joaquín Goyanes, colaboradores nuestros, conocidos en el mundo literario y periodístico, se han incorporado al cine, comenzando por escribir «Nuevas rutas», que ha sido realiza-

da por el gran director alemán Adolfo Trotz, el ya famoso autor de «Rasputín», «Isabel de Austria» y otras películas históricas de gran alcance.

«Nuevas rutas» es un film lleno de contenido literario y nacional. El diálogo se refiere alternativamente a nuestras glorias del pasado y a nuestros esfuerzos del presente. Los personajes son jóvenes, y alrededor de ellos va fluyendo España, hasta terminar en una apoteosis brillante, con gran movimiento de masas que resume el canto cinematográfico, que es el film.

Adolfo Trotz, Antonio de Obregón y Joaquín Goyanes forman ya una alianza artística que va a influir notablemente en el cine nacional.



## Los gustos cinematográficos del público inglés

Todo el mundo sabe que en Hollywood se establece cada año una clasificación de los mejores actores de la pantalla.

Londres, a su vez, ha invitado a los espectadores de sus cines a una encuesta semejante. Y las contestaciones son de un gran interés, porque indican el grado de popularidad de los films americanos en Inglaterra.

Entre los artistas masculinos que han logrado más sufragios, aparecen por orden de preferencia los siguientes: George Arliss, Clark Gable, Wallace Beery, Olive Brook y Robert Montgomery. Es curioso observar que Maurice Chevalier ocupa el lugar número 19.

Los cinco primeros puestos para las actrices han sido obtenidos por Norma Shearer,

Marie Dressler, Greta Garbo, Kay Francis y Marlene Dietrich. Madeleine Carroll, inglesa, aparece en el décimosexto lugar, y no hallamos ninguna artista francesa entre los 20 primeros nombres.

Se le ha preguntado también al público inglés el género de films que prefiere, a elegir entre comedias mundanas, vodeviles; films de guerra, de aventuras, de viajes, de amor, operetas, y films sensacionales.

Casi todos los espectadores de veinte a sesenta años optan por la comedia mundana y la opereta; las películas de guerra figuran en último lugar.

Los menores de veinte años gustan, por este orden, de films sensacionales y de aventuras,

y prefieren las producciones de guerra a los films sobre viajes. Dato curioso... y amargo.

Nuestros amigos británicos nos hacen saber también sus gustos acerca de los programas dobles o sencillos: un 84,5 por 100 de votantes reclama dos grandes películas, contra el 15,5 por 100, que desea un solo film grande y varios cortos, de complemento.

En fin, señalemos que en una proporción de más de un 40 por 100, los espectadores ingleses van más de dos veces por semana al cine...

Aquí todavía no se ha hecho un escrutinio por el estilo; pero la proporción—según nuestro modo ver—sería, seguramente, bastante menos considerable.



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

- "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.
- "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

Así ama la mujer.—Los públicos de nuestro matiz espiritual no pueden estar de acuerdo con ese raro concepto del amor que se lleva por allá, según parece. Es posible que «así ame la mujer» en Norteamérica, con una evidente falta de formalidad; pero nosotros no llegamos hasta esos hondos problemas morales. Bueno. La película es frágil de concepto y de una extraña singularidad para nuestro gusto. Clarence Brown, su ilustre realizador, se metió con el tomavistas a revolver este complicado argumento psicoanalítico, y tuvo que salir del lío bastante maltrecho y sin la dulce compañía de la fortuna y del éxito. Joan Crawford, Estehr Ralston, Franchot Tone y Gene Raymond, bien en sus atormentados papeles.

El signo de la muerte.—Un buen film de Jacques Feyder que llega a nuestras pantallas precedido por una ilustre mención honorífica. Es otro asunto sobre la Legión Extranjera—vivero hasta hoy de tantas obras cinematográficas—, llevado al celuloide con excelente maestría. El nudo dramático está constantemente ante la cámara, acaso perseguido por ella con demasiada asiduidad. Pesa un poco la película, por su longitud y por esa insistencia temática a que aludimos. Decorados y ambiente, admirables. Y muy acertadas y expresivas las interpretaciones de Marie Bell—en dos tipos humanos opuestos—, Pierre Richard-Willm y Francois Orsay. Un buen film.

Anny-Anny.—Película graciosa a base de las consabidas piruetas de la gentil y vivaracha Anny Ondra. Cierto es que en todos sus films hace lo mismo, pero esto no tiene nada que ver para que ustedes se sigan divirtiendo con ello. La menuda actriz corre, salta y grita, sin tener en cuenta para nada la formalidad elemental que debe corresponder a toda una señora esposa de Max Schemeling, su ilustre y contundente cónyuge. Pasarán ustedes, en fin, un buen rato, sin otras complicaciones de mayor importancia.

## Quien pierde, gana

Es curioso observar que los films cuya realización fué señalada por accidentes trágicos, lograron después un gran éxito de público. Ejemplos: «Ben Hur», «Alas», «Trader Horn», «Los ángeles del infierno»...

¿Pasará lo mismo con «Los tres lanceros de Bengala»? Porque durante los tres años que ha durado su filmación ocurrieron las calamidades siguientes:

Sir Guy Standing fué mordido por una araña negra y tuvo que guardar cama tres semanas.

Franchot Tone, que había reemplazado a Henry Wilcoxon, tuvo una grave caída de caballo. Más adelante se cayó—esta vez de una



inicia, a partir del lunes 18, su

## Tercera semana triunfal

de

## La Dama de las Camelias

Todos los días, tres sesiones

A las 4, 6,30 y 10,30

plataforma—, pero con tan mala suerte, que estuvo varias horas sin sentido.

Gary Cooper fué atacado de un dolor de cintura que le obligó a permanecer inmóvil durante varios días.

Hay que citar también la fractura de la pierna de Jack Pagen y las heridas de tres «dobles» a causa de una explosión.

Y, en fin, durante una carga de caballería, un caballo tropezó, provocando la caída de 70 jinetes, algunos de los cuales sufrieron lesiones graves.

Pero... ¡ah!... En cuanto lograron la presencia permanente de un médico durante las tomas de vistas, cesaron por completo las desventuras.

## Lo que se filma...

En América...

«Los tres mosqueteros», con Francis Lederer en el papel de Artagnan. Film en colores. «Mañana, tarde, noche», de Marcella Burke, con Herbert Marshall y Sylvia Sidney en los principales papeles.

«El rey del Ritz», con William Gargan y Patricia Ellis, que ha reemplazado a Ann Dvorak.

«Murder Song», con Wheeler y Woolsey. «Corazones rotos», con Katharine Hepburn y Francis Lederer. Dirige estas películas Phillip Moeller.

«Hairaut», con la nueva pareja Jean Muir-George Brent.

«Diez dólares de aumento», con Edward Everett Horton y Karen Morley.

«El vampiro de Praga», el nuevo film de Tod Browning, interpretado por Lionel Barrymore, Elizabeth Allan, Jean Hersholt, Bela Lugosi y Leila Bennett.

En Alemania...

«La viuda solterona», con Margaret Templey y Etchepare.

«Un marido ideal», con Brigitte Helm.

«Keans», de Kurt Bernhardt, autor de «El túnel» y «Oro».

En Francia...

«Vel d'Hiv», film deportivo de Jacques Chabannes, con Albert Prejean, Raymond Cordy y Perchicot.

«Divines», de Colette, con Simone Berriau, Yvette Lebon, Gina Manes, Philippe Heriat, Georges Rigaud, Catherine Fontenay y Marcel Vallée.

«L'amour gagne», interpretado por Miss France 1934, Mlle. Simone Barillier, que hace su debut en el cine con esta película.

«Pariez-moi d'amour», de Louis Verneuil, con Germaine Aussey de protagonista.

«Pasteur», con Sacha Guitry, que ha empezado a rodar este film en Dole, ciudad natal del gran sabio.

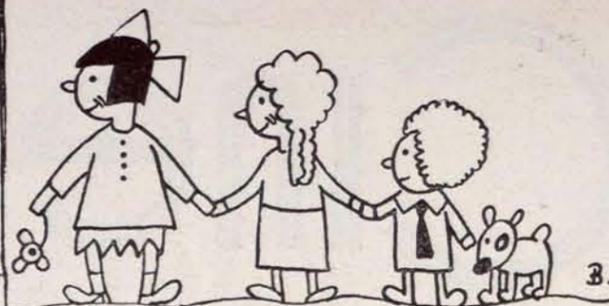
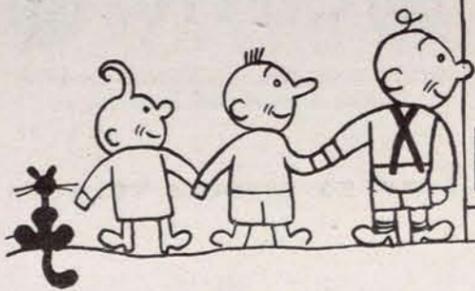
En Inglaterra...

«El previsor», con Fay Wray y Claude Rains.

«Soldiers Three», de Kipling. Los técnicos están ya preparando en la India la realización de numerosos exteriores para esta película.

«Jubilado real». Film que nos enseña todas las vicisitudes por las que pasa un «penique» con la efígie de Jorge V.

# EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



## E L L E G A D O

Por ANTONIO ORTIZ VILLATORO

Los gnomos se fueron al bosque, sus blancas barbas se alegraron de ser argentadas por la luz hermana de la luna, gorda y bobalicona.

El sendero era muy estrecho, tapizado de hierbecillas tenues; por allí trotaron y piafaron enormes ratas, cabalgadas por los más traviosos, hasta que el monarca, de rojas chinelas puntiagudas, ordenó el silencio. Y de la explanada, por el sendero estrecho y tapizado, fueron al bosque y se pusieron a jugar con las manos cogidas, rodeando al cedro de ensueño, de cuyas ramas observaban, atentos, buhos y lechuzas de grandes ojos y corvos picos.

Un grillo curioso asomó la cabeza por su agujero, y cantó con sus hélitros, chirriante y banal.

Un sapo, con andar trabajoso, ascendía, pausado y grave, hasta el montículo, desde donde el rey de los gnomos presenciaba las evoluciones de sus súbditos.

—¿Dónde vas, hijo de la humedad? ¿Qué me quieres que osas presentar tu rugosa figura ante mí, todo vestido de seda?

—Voy a morir, poderoso señor, y quisiera legarte lo único bello que tengo, de lo que estoy orgulloso, yo,

feo y rastrero, de lo que admiré un día reflejado en las aguas del arroyuelo que canta y que es claro, terso y limpio: son mis ojos, ¡míralos qué verdes!; de ellos podrás hacer dos piedras preciosas. Serán inmortales y sus reflejos llevarán la esperanza a cualquiera de esos vanidosos, que tan grandes como arbustos tienen tu figura, aunque no tus vestidos ni tus barbas.

—Acepto, son bellos y buenos; los transformaré en esmeraldas y conmigo vendrán al fondo de la tierra. Cuando los gusanos quieran roerlos encontrarán su superficie tersa y dura, y cuando un hombre los encuentre los hallará hermosos.

Llamó con un silbato de plata, que de su cuello colgaba. Los gnomos dejaron de jugar; todos, atentos, comparecieron ante él como niños buenos con la servilleta de sus barbas.

—Vosotros dos acompañad al viejo sapo hasta la orilla del arroyo, donde va a morir; cuando haya muerto arrancadle los ojos y, envueltos en pétalos de rosa, traedmelos. Los enterraréis en el barro más fino que encontréis. Después de haber llorado perlas sobre su tumba durante media hora, desviaréis el arroyo, para que, pasando sobre ella, la conserve húmeda siempre.

—Adiós, marcha con ellos, anciano sapo, y muere en paz.

—Gracias, poderoso señor.

—Y ahora, vosotros, los demás, corred alegres por el bosque, forjando cuentos bellos, que escribiréis en pétalos azules de lirios y que leeréis despacito al oído de los niños buenos y obedientes, mientras duermen en sus camas.

—Otros, corred a las violetas, tirad de ellas hasta que su flor se abra y derrame su aroma discreta con profusión en los campos.

—Otros, subid despacito a los árboles y poned en su sitio al parajillo que, a punto de caer, cuelga fuera del nido. Traed como pago dos plumas del buche de la madre para mentar sobre ellas ilusiones y lanzarlas al viento.

—Y otros, venid conmigo a la ciudad y gozaremos del espectáculo de candelitas encristaladas sobre las farolas de las avenidas, de camino que hacemos que los novios se besen y que las niñas suspiren tras las ventanas enrejadas. Cantaremos en las chimeneas y jugaremos junto a los leños rojos, mientras otros, por la lana

húmeda de la nieve, se deslizarán veloces, subirán hasta los campanarios más altos tomando como trampolín los aleros de los tejados y ayudarán, colgados de las cuerdas o agarrados al badajo de las campanas, a tocar al alba.

—Después volveremos a nuestro bosque y pasaremos contando nuestras aventuras en el fondo de la tierra hasta la noche próxima.

Los gnomos volvieron al bosque después de sus correrías. Uno de los más traviosos imitó, sobre la rama de un árbol, el sonido de un claxon, para anunciar que el último de los rezagados llegaba llevando en su carpeta, de cuero de dragón, el brillo para los ojos del sapo que fuera a coger de una estrella, a la que llegó cabalgando en una libélula azul de grandes ojos y transparentes alas.

El anciano monarca tocó con sus labios pequeños el silbato de plata, que se confundió con los últimos trinos del eterno cantor de las noches románticas, y a la vez que cerró el ruiseñor su pico, desaparecieron en la tierra los gnomos del bosque, con el presente póstumo de la esperanza, cristalizada en dos ojos verdes, que respetó la tierra y abrigó en su seno el tesoro fulgurante de los microscópicos señores de la noche de ensueños.



(CONTINUACION)

### Sevilla

La provincia de Sevilla la constituye en gran parte una llanura muy extensa, y en la parte montañosa hay riqueza minera y buena agricultura; tiene fundiciones metalúrgicas, fábricas de tejidos, curtidos, conservas y perfumería. Son poblaciones importantes la capital, Sevilla, con bellísimos monumentos; Morón, Constantina, Marchena, Lora del Río, Lebrija, Cazalla, etc.

### Córdoba

Córdoba es provincia de suelo muy feraz, que rinde frutos, cereales, vinos, aceites y buenos pastos que alimentan mucha ganadería; minas de hierro y cobre; fábricas de conservas y fundiciones de hierro. Sus poblaciones más

importantes son la capital, que conserva la famosa Mezquita, hoy catedral; Lucena, Cabra, Baena, Montilla, Bézmez, Castro del Río, etc.

### Jaén

La provincia de Jaén es montañosa, criadero de hierro, cobre, plomo, plata, que constituyen gran riqueza, como sucede en Linares, Las Navas y La Carolina; produce aceite, vino, cereales y frutas. Son poblaciones notables: la capital, Linares, Andújar, Alcalá la Real, Martos, Marmolejo, Puelblonuevo, etc.

Andalucía.—Notas históricas.—Granada fué tomada a los árabes por los Reyes Católicos en 1492; constituyó un reino moro de 1238 hasta su rendición. En las Navas de Tolosa (Jaén) los cristianos infligieron una gran derrota a los árabes en 1212. En Bailén (Jaén), el general Castaños derrotó a los franceses en 1808.

Córdoba fué la capital del Califato y del Emirato en tiempo de los árabes. En el puente de Alcolea tuvo lugar en 1868 una batalla, a la cual siguió la caída de la reina Isabel II. Se fundó en 1502 la Universidad de Sevilla. En tierras de Cádiz tuvo lugar la batalla de Guadalete, que franqueó las puertas de España a los árabes en 711. En 1805 tuvo lugar en aguas de esta provincia la batalla de Trafalgar. Durante la invasión francesa se reunieron Cortes en Cádiz, que elaboraron una Constitución. En 1492 salió del puerto de Palos de Moguer (Huelva) la expedición que, mandada por Colón, descubrió el Nuevo Mundo.

### CASTILLA LA NUEVA Y EXTREMADURA :: :: ::

#### Castilla la Nueva

Castilla la Nueva comprende cinco provincias, cuyas capitales llevan, respectivamente, los nombres de las mis-

mas: Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara.

Tiene de extensión 72.200 kilómetros cuadrados, y una población de unos tres millones de habitantes.

Esta extensa región, que ocupa la meseta principal de la Península Ibérica, correspondió, en otro tiempo, al Reino de Toledo; en ella tiene asiento el maravilloso Monasterio de El Escorial.

#### Aspecto y producciones

En el centro de esta región se levantan los Montes de Toledo, y en el NE. el Guadarrama. El resto es llano, y la parte S. y SO. constituye la Mancha. Produce cereales, vinos, frutas y maderas.

(Continuará.)

## La zorra y el jabalí

(FÁBULA)

Cierto jabalí, que es una especie de cerdo salvaje, afilaba sus colmillos en el tronco de un árbol. Viéndole una zorra en tal ocupación, le preguntó por qué aguzaba sus dientes no teniendo en qué incarlos.

—Lo hago—respondió el jabalí—porque teniendo siempre mis armas preparadas, puedo defenderme cuando me ataquen; de lo contrario, me hallaría a merced de mis enemigos.

—Admiro tu celo y tu precaución—respondió la zorra, burlona.

—Más valiera que en lugar de aplaudirme me imitaras—le aconsejó el jabalí.

Nos enseña esta fábula que siempre debemos estar prevenidos, para evitar muchas contrariedades.

# ACEITE "EL COCINERO"

PUREZA ABSOLUTA  
CALIDAD SELECTISIMA

Para fritos y guisos. } Aceite blanco (refinado)  
en lata blanca.

Para ensaladas y usos } Aceite amarillo (natural)  
análogos. . . . . } en lata amarilla.

Lata de 10 litros. . . . 20,50 pesetas

Lata de 5 litros. . . . 10,75 —

Para venta al detalle: Teléfono 51800

Al por mayor: Teléfono 22558

## BOLETIN DE SUSCRIPCION A

### "CIUDAD"

(Recórtese este cupón por la línea de puntos)

Sr. Administrador de "Ciudad"

Palacio de la Prensa

MADRID

D. ....

domiciliado en ..... (localidad)

calle de ..... número .....

provincia de .....

Se suscribe a CIUDAD por UN AÑO (52 números) y adjunta la suma de DIEZ PESETAS, CUARENTA CENTIMOS (10'40 ptas.) importe de la referida suscripción anual en .....

(giro postal o cheque)

FECHA Y FIRMA

## La electricidad a la conquista del infinito

Por DESIDERIUS PAPP

En el "Neues Wiener Journal", Viena

Las grandes invenciones llamadas a revolucionar el mundo suscitan raras veces a su nacimiento una sensación general. El gran público no lo advierte casi en la mayoría de los casos... Ocurre así que en numerosos laboratorios, en varios puntos del globo, existe desde hace poco un instrumento milagroso: el microscopio electrónico, que, de pura utopía, ha pasado a ser una realidad, sin que este importante acontecimiento haya llegado al conocimiento de los profanos. A primera vista, este objeto, de curioso aspecto, no tiene nada de instrumento óptico. Y, sin embargo, es el ojo más agudo que el hombre haya creado para ayudarse a penetrar en el misterio de las cosas infinitesimales; una linterna mágica de una potencia jamás alcanzada hasta ahora, y destinada a esclarecer al hombre que estudia el mundo de lo infinitamente pequeño.

### LOS MICROSCOPIOS DE AYER Y DE HOY

La capacidad del microscopio ordinario tiene límites inmutables; permite ver objetos cuyo diámetro no sea inferior a dos diezmilésimas de milímetro. Pero de allí no puede pasar: ese es su límite extremo. Por poderoso que sea su objetivo, le será siempre imposible el estudio de los objetos de dimensiones inferiores a la expresada. ¿Por qué? Porque las ondas luminosas saltarán en cierto sentido por encima de ellas. Los objetos más pequeños que las ondas luminosas extremadamente cortas no proyectan, en efecto, ninguna sombra, y escapan así al control del microscopio corriente.

Sin embargo, gracias a la invención del sabio austriaco Zsigmondy, este límite, que por mucho tiempo pareció infranqueable, acaba de ser echado por tierra, y la capacidad de los instrumentos ópticos ha sido ampliada considerablemente. Su principio es, no obstante, tan sencillo como el huevo de Colón. Se atraviesa un objeto, por tenue que sea, con rayos ultravioletas de la luz, cuyas ondas son mucho más cortas que las de los rayos visibles. Estas ondas trazan una imagen agrandada del objeto infinitesimal en una placa fotográfica, cuya sensibilidad es, como se sabe, muy superior a la del ojo humano. Gracias a este nuevo microscopio, los esporos de los microbios y las partículas de materias de 20 a 30 veces más pequeños que los objetos visibles en el microscopio ordinario aparecen visibles al ojo humano.

### EL MICROSCOPIO DE MAÑANA

Pero he aquí que el microscopio electrónico permite de repente al hombre descender hasta lo más profundo del mundo de los microorganismos, quizá hasta las mismas moléculas, puesto que hace visibles las partículas de materias que midan una millonésima de milímetro. Se sabe que los electrones son corpúsculos que llevan una pequeñísima carga de electricidad negativa. Por su naturaleza, que ha sido objeto en las últimas décadas y en todos los países civilizados de áridos estudios que reclamaban a un tiempo una tenacidad y una lucidez sobrehumanas, los electrones tienen toda la apariencia de las ondas luminosas. Como éstos, aquéllos se quiebran, se propagan, se concentran. Una idea ha nacido entonces en el espíritu de más de un sabio: ¿no podría ponerse a esos átomos de electricidad al servicio de la óptica? Este sueño fué realizado el día en que el microscopio electrónico, instrumento maravilloso, si los hay, estuvo listo y batió todos los records de aumento. La superioridad del microscopio electrónico, sobre el que utiliza las ondas luminosas, reside en el hecho de que las ondas de los electrones son 200.000 veces más cortas que las de la luz. Apenas descubierto, y ya este maravilloso instrumento nos da imágenes agrandadas 20.000 y hasta 25.000 veces.

### ¿LIBRARÁ, POR FIN, SU SECRETO EL UNIVERSO?

Desde el momento que se ha conseguido extender el control sobre lo infinitamente pequeño, ¿no podría intentarse también el estudio de lo infinitamente grande? La invención del microscopio electrónico sugirió a los sabios, como es natural, la idea de un telescopio electrónico. Casi al mismo tiempo, el gran físico Henriotaux tuvo la visión completa, hasta en sus menores detalles, de este instrumento. Su proyecto ha sido patentado, y ya existe un pequeño modelo construido por el inventor. La ejecución del primer telescopio electrónico no es, pues, cuestión más que de algunos meses. No podemos aquí intentar una descripción detallada de este recién nacido de la óptica. Basta con que digamos que el aparato de Henriotaux, construido según principios totalmente nuevos, hará dar a la ciencia un salto tan grande como el que hace tres siglos, cuando se estudiaba el cielo a simple vista, le hicieron dar los aparatos ópticos de los holandeses Jansen y Lippersyhn. En el telescopio electrónico los fenómenos de la vista son transformados en fenómenos eléctricos. Lo que se ha realizado en el plan de la acústica en esta maravilla de la técnica, que es nuestro pan cotidiano: la radiotelegrafía y el micrófono serán transportados al plan de la óptica.

El telescopio electrónico hará posible observaciones que marcarán en un porvenir, sin duda, muy próximo, un progreso tan grande sobre los resultados del más poderoso aparato construido en la actualidad—el telescopio gigante de Norteamérica—como el que este objetivo formidable, que aumenta 5.000 veces los objetos, realizó sobre el primer largavista de Galileo, que no reducía las distancias más que en una cuarentava parte de su longitud. La tierra poseerá así ojos eléctricos que escutarán el infinito de los espacios interestelares en procura de milagros que el ojo, y aun el espíritu humano, están lejos de sospechar.

## C O R R E O

**N. F. (Sevilla).**—Los versos no están mal, ya que a usted le interesa nuestra opinión. Pero es el demasiado tono de "intimidad romántica" lo que no va bien con nuestra publicación.

**A. P. S.**—¿Más "nostalgias románticas" y, por añadidura, con "tapias de jardín que nos ofrecían sombras cómplices y enigmáticas"? No, no, aunque tenga usted que perdonarnos esta ruda franqueza.

**G. B. (Majadahonda).**—Estudie y no tenga prisa por publicar. Tiene usted mucha vida y muchos libros por delante. ¿Quién pudiera decir otro tanto!

**L. G. A. (Madrid).**—Esto no. Otra cosa, puede ser, pero a condición de que no muera tanta gente.

**R. N. N. (Madrid).**—Su "Lánguida tristeza otoñal", ahora, que empiezan a barruntarse los oros de marzo, nos parece anacrónica. Si estuviésemos en noviembre, tampoco la publicaríamos. ¡Palabra!

**L. B. J. (Valencia).**—Irá en el próximo número, si usted nos manda, a correo vuelto, una foto con la perspectiva del río.

**Querido C. (Palma).**—Recibidas sus cosas. Iremos publicando algunas. ¿Por qué no intercala usted entre lo literario algo más periodístico? Se lo digo porque ese es el criterio de la Dirección.—B.



# Sin interrumpir su juego

podrá Vd. purgar a su nene evitándose enfadosas contrariedades y a ellos muchas lágrimas, si lo hace con la nueva y maravillosa pastilla Purgante Yer.